

THE HORUS HERESY®

LA GUERRA SILENCIOSA

Edición de Laurie Goulding



timunmas

THE HORUS HERESY®

LA GUERRA
SILENCIOSA

timun**mas**

Título original: *The Silent War*

Traducción: Traducciones imposibles, 2019

The Silent War © Copyright Games Workshop Limited 2017.

The Silent War, La guerra silenciosa, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo ® o TM, y/o

© Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo.

Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada en Gran Bretaña en 2017 por Black Library

Games Workshop Limited.,

Willow Road, Nottingham,

NG7 2WS, UK

www.blacklibrary.com

© de la traducción, Games Workshop Limited, 2019. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Ilustración de cubierta de Neil Roberts

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona

Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

www.edicionesminotauro.com

www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0614-6

Preimpresión: Keiko Pink & the Bookcrafters

Depósito legal: B. 934-2019

Impreso en España

Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

UNO

454008.M31 - Sistema Percepton, Ultramar

Habían ganado la guerra en veintisiete minutos, aunque la batalla seguía viva ciento sesenta y tres días después.

Veintisiete minutos. Ese había sido el tiempo que sus naves habían tardado en paralizar la flota de Ultramarines en Percepton Primus. El enemigo todavía no sabía nada de Calth ni de Armatura ni de Talassar ni de cualquier otra de las innumerables zonas de guerra que habían sido atacadas como parte de la Cruzada de la Sombra.

El cronómetro había marcado el momento, y él había dado la orden.

Los Word Bearers atacaron. Más de la mitad de la flotilla se perdió en las salvas iniciales, y el resto fue cayendo durante las horas y los días siguientes. Los restos orbitaban ahora alrededor del planeta principal, el corazón de aquel sistema.

Así pues, ganaron la guerra por Percepton en veintisiete minutos y, en los meses que siguieron, lo único que faltaba era completar el sacrificio.

Ciento sesenta y cuatro días después de aquel ataque inicial, el mundo de Percepton Primus llegó a su fin.

132006.M31 - Terra

Desde la órbita se podían ver las líneas costeras que una vez delinearon los continentes de la antigua Terra. Las vastas extensiones oceánicas que antes cubrían el globo habían desaparecido, se habían evaporado durante las prolongadas guerras nucleares fratricidas que a punto estuvieron de aniquilar a

la humanidad en épocas pasadas, pero las siluetas originales todavía se podían discernir con cierta imprecisión, como fantasmas del pasado... aunque se veían con más claridad en la oscuridad.

Fueron las luces las que lo revelaron. Mientras, el planeta entero brillaba como un faro en el vacío, iluminado por el resplandor de las colmenas, las megaciudades y las carreteras. Las luces refulgían más en los viejos continentes —las extensiones de tierra más oscuras marcaban dónde habían estado antes los mares— o a lo largo de las líneas costeras rectas y anormalmente angulosas que delimitaban los nuevos océanos artificiales.

Las auroras verdosas y etéreas relucían sobre el horizonte meridional, mientras que unas tormentas químicas gigantescas envolvían las tierras marcadas por la radiación del norte, con rayos estroboscópicos parpadeando de forma casi constante. Sin embargo, el transbordador no se dirigía hacia ninguna de esas direcciones. Mientras desplegaba sus alas doradas y el resplandor de la reentrada desaparecía de sus escudos térmicos, el aparato se inclinó para descender sobre el mismísimo tejado de aquel mundo.

Dentro de la cabina cerrada, Sor Talgron aguardaba sentado y solo, mirando por la ventana frontal. Una mano inmensa y cubierta por un guantelete gris protegía sus ojos de la iluminación interior del transbordador.

—¿Un refrigerio, capitán?

Sor Talgron apartó la mirada de la ventana. El interior del transbordador poseía una superficie curvilínea agradable, una luz sutil y colores neutros. Su asiento de cuero sintético era lo bastante grande para que pudiese acomodar su descomunal cuerpo de un modo considerablemente confortable. Los otros once asientos de pasajeros estaban vacíos, aunque había más gente a bordo. A pesar de que no pudiese verlos en aquel momento, sí percibía su aroma genético en el aire reciclado —un olor al mismo tiempo familiar y desconocido— además de sentir el leve zumbido de sus armaduras.

La asistente que se había dirigido a él era exageradamente alta y esbelta, y sus enormes ojos ovalados eran orbes lechosos carentes de pupilas. La manipulación genética le había conferido aquel aspecto, pero Sor Talgron no alcanzaba a comprender con qué propósito. Puede que los humanos considerasen aquella apariencia más agradable a la vista. O quizá alteraron sus genes solo porque podían.

—¿Néctar dulce? ¿Amasec? —preguntó ella mientras señalaba con languidez el carrito frigorífico que flotaba ante ella—. ¿Alguna otra cosa?

Él sacudió la cabeza y volvió a mirar por la ventana. Vio su propio reflejo ante él, frunciendo el ceño. Si bien no estaba seguro de lo que un humano podía considerar atractivo en los rasgos suaves y pálidos de la asistente del transbordador, sí sabía lo que podía resultarles desagradable en los suyos.

Su cara era angulosa y su expresión, dura. Tosca. No era el rostro de un erudito ni de un mandatario. Una vida dedicada a las batallas había terminado por aplastar sus facciones, y numerosas cicatrices atravesaban y deformaban tanto su faz como su cuero cabelludo. Su función en el universo era evidente. Era un guerrero, un soldado, un asesino. Había sido creado con ese fin, había sido alterado genéticamente para desempeñar ese papel, y eso era lo que se le daba bien. Ese era su propósito.

Los servomotores que había en las articulaciones de su armadura gimieron cuando se inclinó para acercarse de nuevo al cristal, deshaciéndose así del resplandor de la luz interior y de su propio reflejo adusto. Sus ojos escudriñaron el mundo que se extendía abajo mientras la nave se nivelaba durante el descenso. Vio los propulsores en llamas de los interceptores dorados que lo escoltaban cuando estos pasaron junto a la punta del ala y se alejaron volando para indicarles el camino.

Sor Talgron lo observó todo sin parpadear, absorbiendo lo que veía. Todavía faltaba un rato para llegar a su destino. Mientras tanto, sobrevolaron la estructura más grande jamás construida por el hombre en todo el universo. Aun así, en cuanto vio los alrededores de aquella megaestructura, que abarcaba un continente entero, a Sor Talgron le resultó evidente que estaba siendo modificada desde los cimientos.

Cuando se marchó de Terra, aquella estructura era un palacio, y a su regreso descubrió que la estaban transformando en una fortaleza.

Sor Talgron atravesó el fuego acompañado por Ahraneth, su portaestandarte, y Dal Ahk, el maestro de comunicaciones. Los tres llevaban una armadura de un tono carmesí oscuro, el color de la sangre acumulada. Aquel pesado traje había recibido los nuevos colores de la legión mientras se dirigían a Ultramar, pero a él no le sentaba demasiado bien. Sentía que estaba traicionando el pasado de la legión.

A su alrededor, se estaban destruyendo siglos y siglos de aprendizaje y sabiduría, la ceniza y las páginas de los libros quemados revoloteaban e invadían aquel aire calcinado. Miles de textos y códices se perdían para siempre a medida que iban prendiendo fuego a los bancos de datos del librarium. Los circuitos y los núcleos de las memorias con base de silicio se fundían y crepitaban entre las llamas.

Sor Talgron no lamentó aquella pérdida.

La gran cámara estaba llena de polvo. Era evidente que había sido abandonada después de que el Edicto de Nikaea entrase en vigor, y era más que probable que nadie hubiese paseado por aquellas salas desde entonces.

Hasta hoy, que se había convertido en un campo de batalla.

Las llamas lamían sus hombreras mientras atravesaba el escenario de la contienda y numerosos cristales de colores crujían bajo sus pies. Las inmensas vidrieras que antes contemplaban altaneras el atrio del cavernoso librarius debieron de ser las primeras víctimas de la batalla por la ciudad de Massilea.

Los cuerpos que se habían convertido en carne desgarrada bajo el fuego de los bólters yacían desperdigados por el suelo y apoyados en las paredes. Había cuatro Word Bearers muertos, abatidos por disparos mortales. Muchos otros se encontraban abajo, donde estaban siendo atendidos por los apotecarios de la legión. Dos habían sufrido heridas mortales y les estaban ofreciendo alivio, aunque las oraciones morían en sus labios. Otros estaban recolectando la semilla genética de los muertos, entre los zumbidos de los reductores y los huesos y la sangre que estos iban escupiendo.

Varios Ultramarines caídos todavía no habían fallecido, pero no había ningún apotecario de la XIII Legión que pudiese acudir en su ayuda, ni tampoco ningún hermano de batalla vivo que pudiese arrastrarlos hasta un lugar seguro. Puede que en otro batallón sus vidas hubiesen llegado a su fin tras horas interminables de agonía y degradación ritual, pero Sor Talgron no tenía nada de eso, así que fueron despachados sin ningún tipo de ceremonia.

Eran el enemigo, y él iba a hacer todo lo que estuviese en su mano con tal de destruirlos por completo. Pero no podía odiarlos, así que no deseaba torturarlos innecesariamente.

La XIII Legión poseía muchas características admirables. Su solidez y disciplina en la batalla era envidiable, y su ejecución no tenía comparación. Sin duda alguna eran la fuerza de combate más efectiva a la que Sor Talgron se había enfrentado, y los respetaba sobremanera.

«El deseo de Erebus es que todo enemigo capturado con vida sea sacrificado para alimentar la Tormenta de Ruina —le había dicho Jarulek al comienzo de la guerra en aquel sistema—. Y así debe realizarse en los Quinientos Mundos».

«Al cuerno con Erebus —había respondido Sor Talgron—. Yo no estoy bajo el mando de la serpiente. Mis órdenes son aniquilar este mundo, y lo haré a mi manera».

Se alejó del atrio y pasó junto a las inmensas columnas de mármol blanco cubiertas de orificios tras recibir los disparos de los bólters. Más allá había una amplia terraza semicircular bordeada por piedra natural

y un follaje perfectamente conservado que ahora se había echado a perder. Una cascada descendía hasta un estanque en la roca, donde flotaban varios cadáveres boca abajo, y una magnífica escalera de mármol bajaba hasta los niveles inferiores de la explanada.

Sor Talgron pasó junto a una estatua blanca imponente que representaba una figura con túnica sentada en una pose pensativa.

Un legionario de los Ultramarines yacía en el suelo. Los disparos que había recibido lo habían partido por la mitad; la parte inferior del torso y las piernas descansaban no muy lejos de allí. La sangre se había acumulado bajo él, y sus entrañas estaban esparcidas por toda la terraza, pero seguía con vida. Los legionarios no morían con tanta facilidad.

Ahraneth lo apuntó con su pistola bólter.

—No —indicó Sor Talgron, y el portaestandarte bajó el arma.

El Ultramarine tenía el rango de centurión. Era un compañero capitán, según indicaba la insignia que llevaba en el hombro. Estaba sujetándose las entrañas con una mano, intentando mantenerlas juntas en vano, mientras se arrastraba por el suelo con la otra. A su lado había una pistola serpenta volkita, y la estaba buscando a tientas. Buscaba un arma para usarla contra sus enemigos incluso mientras agonizaba.

La bota de Sor Talgron le aplastó la muñeca, y se agachó para recoger él mismo la serpenta. Le dio la vuelta entre sus manos.

—Es una buena arma —observó.

El Ultramarine levantó la vista hacia él. Llevaba el casco puesto. Una variante del de la Mark IV, con un diseño propio de Ultramar. Su superficie azul cobalto ribeteada de dorado, que en su momento había estado inmaculada, estaba ahora salpicada de sangre, brillante y en abundancia. Tenía una corona de oro pintada alrededor de las sienas. Debía de tratarse de algún honor en la batalla que Sor Talgron no lograba reconocer.

—¿Por qué? —preguntó el legionario. Su voz estaba resquebrajada y se confundía con el ruido de la estática.

Sor Talgron colocó el cañón de la pistola volkita sobre el visor del Ultramarine, apuntando directamente a su ojo izquierdo.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué hacéis esto?

Sor Talgron apretó el gatillo. La parte trasera del casco del Ultramarine explotó y el suelo comenzó a arder bajo él.

—Porque me lo han ordenado —contestó.

DOS

El señor del 17.º capítulo Aecus Decimus, de la Legión de los Ultramarines, colocó una pesada bota sobre el pecho del traidor y tiró de su espada para liberarla. La espada corta se deslizó de la rejilla del comunicador del enemigo con un chirrido húmedo, y el legionario con armadura roja se derrumbó y se unió al manto de cadáveres que cubría la tierra bañada en sangre.

El humo asfixiante le nublaba la vista, los productos químicos y las micropartículas cegadoras que poseía hacían que le picaran los ojos y le ardiera la garganta. La visibilidad se había reducido a apenas unos metros. Los escáneres de augurios quedaron inutilizados por la niebla que los amortajaba. No sabía dónde se encontraban las líneas de batalla, pero eso tampoco importaba demasiado. El combate había perdido por completo su orden. El momento de la estrategia había quedado atrás.

Se abalanzó sobre él otro enemigo. Apartó la estridente espada sierra de aquel legionario y presionó el cañón de su pistola bólter contra el pecho del Word Bearer. La fuerza del disparo arrojó al traidor de espaldas y terminó cayendo sobre el suelo a unos cuatro metros de distancia con un profundo cráter en la gorguera destrozada. El segundo disparo de Decimus, que lo alcanzó entre el casco y la coraza, terminó de rematarlo. La detonación casi logró arrancarle la cabeza del tronco.

En las nuevas armaduras, el cierre del cuello era uno de los pocos puntos en los que las armas bólter podían provocar una muerte limpia desde cierta distancia. Nunca había sido testigo de los efectos de aquel tipo de armas

en las servoarmaduras de los legionarios que eran anteriores a aquella campaña: y, por lo que él sabía, nadie de la XIII Legión había considerado siquiera tal posibilidad. El mero hecho de pensarlo habría sido abominable. Ahora que el enfrentamiento cuerpo a cuerpo era una práctica habitual, se habían visto obligados a revisar sus tácticas.

Según había pronosticado el techmarine Naxor, los puntos de unión de las futuras servoarmaduras serían diseñados para evitar tales deficiencias. Era muy posible que las gorgueras altas, como las de las armaduras Cataphractii, terminasen integrándose en las placas del revestimiento; eso había dicho poco antes de que fuese desmembrado por un legionario Word Bearer envuelto en pieles humanas. Pensar que antes hubiesen llamado hermanos a aquellos salvajes traidores le provocaba arcadas.

La batalla se había convertido en una pelea cuerpo a cuerpo brutal. A su alrededor, los legionarios vestidos con el carmesí de los renacidos Word Bearers y con el noble azul de los Ultramarines perecían sin cesar. La magnitud de la masacre era desgarradora. No habría retirada, no en aquel combate. Lucharían y morirían hasta el mismísimo final. Lo único que importaba ahora era frenar al enemigo el tiempo suficiente. Lo que había comenzado como un enfrentamiento de tanques a larga distancia y ataques relámpago se había reducido a peleas en el barro y a arremetidas contra el enemigo con espadas melladas y espadas de sierra desdentadas. Vio a uno de sus veteranos —Vaul Agregius, el Vencedor de Staxus— abatiendo a tiros a un Word Bearer que no cesaba de proferir imprecaciones despreciables, silenciando al traidor herido con un tiro mortífero en la cabeza. Otro veterano golpeó a un guerrero de la XVII Legión, lanzándolo contra el armazón humeante de un Land Raider profanado y desintegrándolo con su puño de combate envuelto en energía.

Arrastraron a un Ultramarine cercano hacia el lodo mientras su atacante le apuñalaba la garganta repetidamente con un cuchillo de hoja dentada hasta que dejó de moverse. A su vez, aquel Word Bearer fue pulverizado por el disparo de un bólter pesado, pero siempre había más guerreros, saliendo de entre la niebla y entonando sus lúgubres cánticos.

El mal había arraigado con fuerza en la mente de la XVII Legión. Esa era la única explicación que Decimus tenía para explicar aquello en lo que se habían convertido.

El silencioso campeón de la compañía, Tillus Victorius, luchaba del mismo modo en que lo hacía en las jaulas de duelo, prefería utilizar un pequeño escudo de combate y un gladio antes que su espada de energía. Observarlo era algo soberbio. Recibió un golpe en el escudo, se dio la

vuelta y le amputó las piernas a un Word Bearer a la altura de las rodillas antes de acabar con él decapitándole con dos hojas cruzadas.

Nunca habían logrado vencer al campeón en un duelo con espadas, pero mientras se daba la vuelta para enfrentarse a un nuevo adversario, una bala perdida salió entre el humo y le dio en el ojo. Atravesó la lente izquierda del visor y detonó dentro de su cerebro. Se derrumbó sin emitir sonido alguno, las hojas se deslizaron de sus dedos sin vida y cayeron al barro. El guerrero había entrenado de tal modo que casi rozaba la obsesión. Al final, todo aquello no había servido de nada. Su final fue innoble.

Decimus se quedó mirando el cadáver del campeón, y el odio invadió todo su cuerpo. Nunca había experimentado un sentimiento tan profundo. Nunca había odiado a ninguno de los xenos contra los que combatió durante la Gran Cruzada, ni siquiera a los obstinados humanos de aquellos mundos que desafiaban el dominio del Emperador. Había sentido lástima por algunas de esas civilizaciones equivocadas, asco o indiferencia por otras, pero nunca verdadero odio.

Su armadura diseñada con gran ingenio apenas podía seguir funcionando. Estaba echando mano de la energía auxiliar, y el orgulloso azul cobalto de su legión había desaparecido casi por completo de su superficie, pues las placas se encontraban chamuscadas, abolladas y hundidas. Tenía el hombro izquierdo destrozado y no dejaba de escupir chispas embravecidas, mientras los servos internos chirriaban sin cesar. Podía sentir cómo los huesos se rozaban entre sí en aquella articulación. No llevaba casco, pues se lo había quitado después de recibir anteriormente el tremendo golpe de una maza de energía durante la batalla, y el lado izquierdo de su rostro estaba cubierto de sangre coagulada.

El señor del capítulo estaba exhausto. No había podido tomarse un descanso en más de una semana. Por un segundo no hubo enemigos corriendo hacia él, y su único deseo fue dejarse caer sobre los muslos y apoyarse contra el Land Raider exánime de los Word Bearers..., pero no. Incluso ahora, que el final se cernía inevitablemente con la puesta de los soles, necesitaba que lo vieran desafiante y agresivo hasta el último instante.

Comprobó la munición. Cuatro balas. Volvió a meter el cargador en la pistola de un golpe. Iba a hacer que cada disparo contase.

El suelo se sacudió bajo unas explosiones, el ruido de unas pesadas pisadas y lo que parecía un terremoto, aunque sabía que aquello último eran los pasos atronadores de los titanes. Podía oírlos llamándose unos a otros con los estruendos ensordecedores de sus cuernos de guerra, que

ahogaban el martilleo de la artillería, el castañeteo de los disparos, los gritos de los moribundos y el ruido metálico de las espadas. El rugido de sus armas, capaz de destrozarse los tímpanos de cualquiera, sonaba a intervalos, y cuando lo hacía le provocaba ganas de vomitar al pensar que los nobles hijos de Ultramar estaban siendo abatidos a puñados, cual manojos de trigo bajo la guadaña.

Las comunicaciones habían caído, e incluso los canales cerrados de los Ultramarines estaban contaminados por susurros engañosos, gritos y un ruido disforme infernal. Pero él sabía que su capitán estaría haciéndole sentir orgulloso, castigando a los Word Bearers en la última ofensiva de la XIII Legión de aquella guerra.

Un grito desde la retaguardia llamó su atención. Entornando los ojos para poder ver a través del humo, pudo vislumbrar las figuras de algunos enemigos emergiendo entre la bruma, a sus espaldas. Los habían rodeado. Sus capitanes gritaron varias órdenes, pero no pudieron hacer gran cosa, pues los Ultramarines estaban siendo aniquilados, atrapados en aquel despiadado fuego cruzado.

Un reducido pelotón de apoyo pesado se dio la vuelta para encararse con esta nueva amenaza, girando en redondo sus cañones automáticos, separando bien los pies y reforzando la posición. Aunque dos de ellos fueron eliminados, el resto desató su furia contra el enemigo; atravesaron sus filas y ganaron tiempo para que los otros escuadrones se pusiesen a cubierto. Pronto los cañones de sus pistolas brillaron con un tono rojizo incandescente. Aun así, siguieron arremetiendo contra el enemigo, obligándolo a hundirse en el barro.

Una figura con armadura apareció entre el humo y se abalanzó desde arriba, con llamas deslumbrantes brotando de su retroreactor sobrecargado. El Word Bearer aterrizó de cuclillas detrás del pelotón de apoyo pesado, con una rodilla y una mano apoyadas en el suelo para mantener la estabilidad. Alrededor del primero cayeron muchos más, con pesadez, mientras los tubos de escape de los propulsores de salto despedían humo. El primer artillero sintió al enemigo tras él e intentó darse la vuelta, pero fue demasiado lento. El Word Bearer comenzó a elevarse, con su hacha sierra chirriando.

El señor del capítulo Aecus Decimus se había puesto ya en pie y corría hacia allí con su escuadrón de mando un paso por detrás de él. Su disparo alcanzó al primer legionario enemigo en las sienas. Rebotó antes de detonar y le hizo perder el equilibrio. Entonces, Decimus arremetió contra él y lo lanzó contra el barro mientras este se recuperaba. El hacha sierra del Word Bearer salió volando por los aires.

Rodaron por el suelo, resbalando y deslizándose por una cuesta embarrada. Decimus perdió la pistola, pero tenía la espada de energía bien asida. Cuando se detuvieron a los pies de la pendiente, en una zanja llena de cadáveres vestidos con armadura, Decimus quedó por encima de su contrincante. Intentó asestar un golpe mortal, pero la mano de su enemigo lo agarraba con fuerza por el avambrazo, manteniendo a raya la espada de ese modo. El Word Bearer clavó un puño acorazado en la mandíbula de Decimus, se la dislocó y le fracturó el hueso.

Estuvo aturdido por un breve momento, y el Word Bearer aprovechó aquella ventaja. Rodó hasta colocarse sobre Decimus y, agarrándole la cabeza por detrás, sujetó su cara contra el lodo. El señor del capítulo intentó liberarse y dejó escapar la espada durante el proceso, pero no logró zafarse del traidor, que estampó su cara contra el suelo una y otra vez. El fango y la sangre le cubrieron los ojos.

—Ahora morirás —aseguró entre gruñidos el Word Bearer. Su voz era tan furibunda que se asemejaba más a una bestia que a cualquier otro ser que hubiese podido ser humano antes.

Entonces, con el estruendo de un cañón automático de corto alcance, su cabeza desapareció entre una bruma bermeja.

Decimus se quitó el barro y la sangre de los ojos mientras se ponía en pie y ascendía de nuevo la pendiente en dirección a su frenético escuadrón de mando, que le ofrecía fuego de cobertura ante los pocos legionarios que todavía cargaban con armas pesadas.

Lanzó una mirada hacia el cielo. No podía ver nada, pero supo que se estaba acercando el momento señalado. Su ayudante se percató de aquella mirada.

—¿Estás seguro de esto, mi señor? —preguntó.

—Sí —respondió Decimus—. Que el Emperador me perdone.

Lo escoltaron hasta el transbordador como si de un prisionero se tratase, dos por delante y dos por detrás. Estaban acurrucados en las altas estribaciones de los picos más altos de Terra, aunque él no podía verlos ahora; las abrazaderas articuladas de atraque acopladas al casco del transbordador no tenían ventanas.

Iba desarmado, según habían ordenado. Lo habían formulado como una petición, pero aun así había sido una orden. Él miraba firmemente hacia delante mientras lo conducían lejos del transbordador. Los muros con ensambladuras flexibles desembocaron en un pasillo blindado en la entrada del palacio.

Su blindaje de combate era gris como la pizarra y no llevaba adorno alguno. Solo el penacho rojo intenso del casco, que llevaba bajo un brazo, indicaba su rango superior en la legión. La armadura era vieja y estaba desgastada, y el blindaje era grueso y pesado. Se trataba de la armadura de un soldado, práctica y funcional, y su superficie daba muestras de haber sido reparada con frecuencia. Portaba aquellas marcas como si de cicatrices de batalla se trataran. Cada arañazo y cada abolladura tenían una historia.

Por el contrario, los cuatro miembros de la Legio Custodes que lo escoltaban dentro de palacio vestían armaduras de oro bruñido ricamente decoradas, cargadas de rayos y águilas decorativas. De sus hombros dorados colgaban unas capas largas forradas de piel, y sus facciones permanecían ocultas tras unos cascos altos y cónicos. Sus armaduras habían sido diseñadas con mucho más detalle que el humilde traje de Sor Talgron, pero aquello no era una pasarela. Aquel era el blindaje de combate más avanzado que los tecnosacerdotes más diestros de Marte habían sido capaces de diseñar: ligera, resistente y prácticamente inmune a las armas de fuego convencionales, y además permitía una mayor libertad de movimiento que la armadura de la legión.

Cada uno llevaba una lanza custodia, el arma por excelencia de su orden. Al tratarse de alabardas doradas con cañones incorporados, eran unas armas muy curiosas y exóticas. En manos inexpertas habrían sido difíciles de manejar, pero, incluso estando en reposo, podía ver que eran casi como prolongaciones de los cuerpos de los custodios. Ellos las blandirían con consumada destreza, y aunque Sor Talgron solo las había visto en acción en los entrenamientos, supuso que la clave para luchar contra la Legio Custodes sería que el enemigo lograra penetrar en su radio de acción.

No sentía ningún vínculo de parentesco con la Legio Custodes. Eran tan distintos a él como los humanos sin implantes augméticos, a pesar de compartir tantas similitudes a nivel genético. Las desemejanzas entre aquellas dos ramas de la transhumanidad eran manifiestas, aunque alguien ajeno no fuese capaz de verlas; en general, no se trataba de una diferencia física, pero los custodios podían más altos en su mayoría. Simplemente eran engendrados aparte.

La verdadera fuerza de las Legiones Astartes era su objetivo común, y los lazos de hermandad que compartían. Tal vez fuese esa la razón por la que le habían insistido a Sor Talgron de que descendiese a la superficie solo, mientras el resto de su compañía aguardaba en la nave que permanecía en órbita. Puede que los custodios fuesen guerreros individuales por antonomasia, pero su mentalidad era, en el fondo, diferente de la de aquellos creados

genéticamente en las legiones. Habían sido engendrados para una tarea distinta, una a la que estaban adaptados a la perfección y que requería cierto nivel de individualidad y autonomía que no encajaba con la mentalidad colectiva de los Space Marines, tan arraigada en sus genes.

Resultaría muy interesante enfrentar a la Legio Custodes con las Legiones Astartes. En un cara a cara, sospechaba que los custodios de dorada armadura llevarían la ventaja, pero cuanto más numerosa se volviese la batalla, más seguro estaba de que sus hermanos legionarios terminarían dominándola.

Los miembros de la Legio Custodes no eran soldados, pero Sor Talgron lo era hasta la médula.

Se detuvieron frente a un tercer par de compuertas reforzadas, flanqueadas por cañones centinelas. Escáneres, comprobaciones de identidad, secuenciación de la clave genética. La seguridad era mucho más estricta de lo que lo había sido la última vez que Sor Talgron había atravesado los salones de palacio, en la época en la que su presencia parecía ser mucho mejor recibida.

Los portones obstruidos se abrieron de sopetón. Un oficial custodio aguardaba de pie tras ellos, resplandeciente con su armadura de oro. Sor Talgron echó una mirada fugaz a izquierda y derecha. Si hubiese llevado puesto el casco, unos glifos de advertencia habrían comenzado a parpadear ante sus ojos. El oficial estaba acompañado por un pelotón de Space Marines, todos ataviados con armaduras amarillas y sosteniendo bólters cruzados sobre el pecho.

Aquello fue algo inesperado, pero no permitió que ni un solo atisbo de sorpresa cruzase su rostro.

El visor del oficial se deslizó hacia atrás con una serie de placas superpuestas que se movían con suavidad, y entonces dejaron al descubierto un rostro que Sor Talgron conocía. Era de perfil aguileño y robusto; no tenía ni una cicatriz, pero Sor Talgron sabía que eso no significaba nada, al menos en la Legio Custodes. Si hubiese formado parte de las legiones, Sor Talgron habría imaginado que aquel guerrero todavía no había sido puesto a prueba, o quizá que era increíblemente hábil. Sin embargo, los custodios no estaban hechos para llevar una vida de hostilidades constantes en primera línea de batalla. Eso no significaba que carecieran de la dureza que proporciona un enfrentamiento. Ni mucho menos. Solo un necio los subestimaría.

En el centro de la cabeza afeitada de aquel oficial se extendía una cresta de pelo corto, un moño que se asemejaba al penacho del casco de Sor Talgron. Lo que no sabía este era si aquello indicaba su rango o se trataba de una mera elección estética. Los de su clase poseían un rasgo individualista fuertemente interiorizado, así que la segunda opción era más que probable.

No obstante, encontró en cierto modo irónico que aquella elección le confiriese rasgos simiescos al capitán general Constantin Valdor. ¿De qué servía el individualismo?

—Siento haberte recibido de este modo —expresó el oficial. Su elegante acento todavía sonaba extraño a oídos de Sor Talgron, que estaba acostumbrado a la forma de hablar de los colchisianos, más gutural—. El universo ha cambiado desde la última vez que pisaste Terra.

Su nombre era Tiber Acanthus, y Sor Talgron había pasado mucho tiempo en su compañía durante sus visitas anteriores a Terra. El centinela nunca le había ofrecido sus otros ciento treinta y siete nombres, y Sor Talgron no sentía ningún deseo de conocerlos.

Se saludaron mutuamente como guerreros, juntando muñeca con muñeca y agarrando el antebrazo del otro. Para el Word Bearer resultaba raro levantar la vista, pero el custodio era media cabeza más alto que él.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber mientras se separaban—. Es como si Terra se estuviese preparando para un asedio.

—La guerra se aproxima —contestó Acanthus.

Sor Talgron frunció el ceño.

—Una guerra no es nada del otro mundo —comentó—. Llevamos librando batallas desde el principio de la Gran Cruzada. Fuimos creados para ello.

—Esta guerra será distinta.

—¿Por qué? Sea quien sea el nuevo enemigo que la Cruzada ha destapado, nada supone una amenaza para Terra —exclamó Sor Talgron.

Tiber Acanthus no respondió, y la expresión de Sor Talgron se ensombreció.

—Cuéntamelo —solicitó con voz seria.

—No tengo permiso para ello —indicó el custodio—, pero te llevaré junto a alguien que sí podrá contártelo. Ven, lord Dorn te está esperando.

Cinco guerreros observaron cómo sus hermanos luchaban y morían en las llanuras de más abajo. Desde aquella posición ventajosa, la batalla no era muy distinta de las que podían verse en las tablas de simulación del collegia, pero allí la muerte era muy real. Permanecían de pie en silencio, cada Ultramarine perdido en su propia prisión de rabia, remordimientos, rebeldía y dolor.

Aquellas cinco figuras no conformaban una unidad estrechamente vinculada. No habían creado lazos de acero en el crisol de la guerra. Ni siquiera habían hablado entre ellos antes de que los reunieran para aquel último trabajo, para aquella misión que podía exonerarlos y limpiar su historial de fechorías pasadas.

Provenían de diferentes compañías, de distintos escuadrones, de ambientes dispares. Uno era un cazador celestial, y otro pertenecía a las filas de asalto. Dos habían formado parte de las unidades tácticas, aunque uno de ellos había poseído otros poderes antes de que aquella senda se cerrase para él, y ahora no era distinto de cualquier otro legionario. El último de ellos era un héroe del pasado caído en desgracia.

Sus habilidades y sus conocimientos eran tan heterogéneos como sus hojas de servicio. Lo único que los unía era su deshonra.

Todos ellos llevaban un casco pintado de rojo. Todos ellos portaban la marca de la reprobación.

Todos se habían presentado ante su señor del capítulo cuando recibieron las instrucciones para aquella tarea. Ninguno quería llevarla a cabo, pero tampoco se habían negado a realizarla. Según les habían dicho, aquel era un modo de limpiar su nombre. Un honor.

Para Octavion, no parecía ser ningún honor. Para él, por el contrario, parecía el más cruel de los castigos. A pesar de ello, no se quejó ni tampoco le reprochó al señor del capítulo, Aecus Decimus, que le encomendase aquella tarea. Alguien debía hacerla, y era mejor que de ella se encargasen quienes se habían agraviado a sí mismos a ojos de sus comandantes.

Podía sentir los sentimientos encontrados de los que le rodeaban mientras observaban cómo las fuerzas enemigas rodeaban a los Ultramarines en las llanuras que se extendían más abajo. Todos ellos deseaban estar allí abajo, cumpliendo con su parte, luchando —y muriendo— con los hermanos junto con los que habían entrenado y peleado codo con codo durante tanto tiempo.

—Allí —pronunció uno de ellos, el cazador celestial Paulus.

No tendría por qué haberse molestado. Todos lo vieron. Octavion pensó que tal vez necesitaba decirlo en voz alta. Puede que, al hacerlo, se volviese real, más factible.

Hacia el norte, una nube de polvo anunció la llegada de otra división de los Word Bearers. Procedían de la ciudad de Massilea, la ciudad antañorgullosa que constituía el alma y el corazón de aquel mundo.

Octavion había oído aquel mismo día que la ciudad había sucumbido. Por lo que él sabía, todos sus hermanos de batalla estaban muertos. La 174.^a Compañía, la suya, había ocupado la ciudad más tiempo del esperado y había logrado mermar las filas de los traidores, pero ahora la habían perdido.

Massilea era una especie de hogar para él, como podía serlo cualquier rincón de la galaxia. Allí había recibido la mayor parte de su entrenamiento, algo que ahora parecía haber ocurrido hacía siglos.

—Y allí —indicó Paulus, señalando hacia el sur.

Unas figuras oscuras se movían en el horizonte: Thunderhawk, Stormbird y naves de ataque. Se acercaba otra mesnada. Octavion comprendió que querían ponerle fin a aquella guerra sin más demora. No querían permanecer allí más tiempo del necesario.

—Ha llegado el momento —dijo entonces, expresando la verdad que, como sabía, se hallaba presente en la mente de todos, pendiendo sobre ellos como una guillotina.

—Puede que estén de camino los refuerzos de Ultramar —comentó el más joven del grupo, Sio, que había sido ascendido recientemente al rango de explorador—. ¿No podemos esperar un poco más?

Octavion desconocía la infracción que había obligado a Sio a vestir de rojo. Ninguno de ellos ofreció explicación alguna por su reprobación ni tampoco preguntó a los demás. No era un tema que les hiciera sentir demasiado cómodos.

—Que no hayan llegado todavía refuerzos significa que este no es un suceso aislado. La guerra está asolando los Quinientos Mundos de Ultramar —manifestó el pensativo veterano Romus—. Tenemos nuestras propias órdenes. —Su voz sonó hueca. Vacía.

Octavion se percató de que su compañero ya se había resignado a morir.

—¿Y si esas órdenes fuesen las equivocadas? —preguntó Sio.

—Eso no importa —gruñó Romus—. Nuestros nombres ya están mancillados. Ni siquiera tomaré en consideración agravar mi deshonra desobedeciendo el último mandato de nuestro señor del capítulo.

Los demás profirieron murmullos de aprobación, pero Octavion podía sentir la aflicción del hermano de batalla más joven. Manaba de él en oleadas. Todos se sentían así, de eso no había duda: ninguno de ellos deseaba realizar aquella tarea odiosa e ingrata. Era solo que los demás sabían reprimirla mejor que él.

—No va a venir nadie —dijo Octavion con un tono de voz algo más alto que un susurro.

—¿Cómo estás tan seguro? —quiso saber Sio.

¿Qué podía decir para calmar la desesperación del joven guerrero? Nada. Además, él debía superar sus propias dudas. Sus propios demonios.

—No va a venir nadie —repitió el quinto miembro del grupo, el imponente y antiguo campeón Korolos, y sus palabras zanjaron el asunto.

—Vámonos —articuló Octavion, y se alejó del campo de batalla, lejos de su capítulo moribundo y en dirección al transbordador que los esperaba.

Una veintena de veteranos del Ejército Imperial aguardaban allí, firmes. ¿Eran conscientes de que ellos estaban tan condenados como los demás?

Sio no era el único que había albergado la esperanza, cuando no tener el convencimiento, de que no fuese necesario llevar a cabo el deber que les habían encomendado.

Ahora todos debían afrontar el hecho de que hasta la más remota esperanza había desaparecido. El destino quería que así fuese.

Ahora, sin lugar a dudas, se enfrentaban a la muerte misma de la esperanza.